

ÁNGEL ESTEBAN /

ESTRATOS DE PODER EN LA HISTORIA DE CUBA

(Sobre *El polvo y el oro*, de Julio Travieso)

(Este artículo fue publicado en las Actas del XXXIII Congreso del IILI,  
Salamanca, Universidad, 2003, pp. 1509-1517)

*El polvo y el oro* es el título de una de las mejores novelas de autor cubano de las últimas décadas. En 1993 recibió el premio Mazatlán, que aseguró la edición mexicana. En 1995 quedó finalista del Rómulo Gallegos, y en Cuba ha recibido dos galardones nacionales y dos ediciones. Su autor, Julio Travieso, ha recibido premios nacionales con anterioridad por sus obras *Para matar al lobo* (1971) y *Cuando la noche muera* (1982). Hace muy poco, Galaxia Gutenberg ha introducido a este gran novelista cubano en España, con una nueva edición de *El polvo y el oro*, obra muy trabajada desde el punto de vista del cuidado del lenguaje, de la presentación de la historia, la multiplicidad de voces narrativas y la recopilación de datos, pero por otro lado muy clara en sus intenciones, sin esconder la crítica con elementos simbólicos, líricos o ambiguos.

La novela trata de la reconstrucción de la historia de la Isla desde los movimientos independentistas del continente, a finales del siglo XVIII, hasta los primeros pasos de la Revolución Cubana de la mitad de nuestro siglo. Para ello Travieso elige unos elementos precisos, que le permiten dar una visión global de los acontecimientos políticos y sociales más sobresalientes de la Cuba de las dos últimas centurias, y a la vez presentar personajes reales, de todas las clases sociales, con sus vidas íntimas y su participación en el proceso político de emancipación de la Isla. La familia Valle, de raíces gaditanas, se traslada a La Habana para participar en la explotación del azúcar y el negocio de los "sacos de carbón" -así se denomina en la obra frecuentemente a los esclavos provenientes de Africa- y se asienta con rapidez en las altas capas de la burguesía criolla de la época.

Seis generaciones son testigos de la evolución en las relaciones entre España y la Isla, entre negros y blancos, libres y esclavos, latinoamericanos y anglosajones, cultos y analfabetos, ricos y pobres, nobles y parias, felices y desdichados. Travieso no se conforma con exponer de forma novelada unos hechos que pueden encontrarse en cualquier manual de historia, sino que profundiza en la idiosincrasia de un pueblo que está en constante proceso de transculturación, de sincretismo, y en el que la lucha por el poder se manifiesta en la macropolítica, pero también en la intrahistoria oculta para el comentarista político. Para ello utiliza una gran cantidad de elementos, que hacen de ésta una novela coral: la multiplicidad de las voces narrativas, la dialéctica que se establece en torno al binomio polvo/oro, con características raciales, culturales y de idiosincrasia particular de la Isla, la omnipresencia del ingenio, la plantación de azúcar, etc.

Las voces narrativas

La estructura del relato tiene mucho más que ver con el polirritmo de las voces que

intervienen en la narración que con la evolución lineal de los mismos hechos. Ciertamente es que se puede trazar una línea recta que comienza poco antes de 1800 y termina en los años sesenta de nuestro siglo. A ambos lados de la línea se podrían, incluso, colocar en un lado los acontecimientos de la familia Valle, y al otro los sucesos generales ocurridos en la Isla desde la emancipación de las colonias continentales, pasando por el alzamiento del 68 y la guerra del 95, hasta la puesta en marcha del período republicano, las dictaduras de Machado y Batista, para concluir en la revolución del 59 y sus consecuencias inmediatas.

Ahora bien, si queremos dar una visión completa y acertada del hilo que une todos los polos del relato, la línea sería curva, proporcionaría constantes ondulaciones y se resolvería en una forma circular, ya que la historia termina en el mismo lugar que comienza, en el pelotón de fusilamiento del último miembro de la saga Valle. Todo esto tiene mucho que ver con el carácter propio de la cultura caribeña, que incluye la fragmentación, la provisionalidad, el aislamiento, la complejidad cultural, la inestabilidad, la contingencia, la circularidad o repetitividad de sus procesos históricos, el sincretismo, etc. Benítez Rojo opina que el accidente geográfico del archipiélago caribeño confiere a toda la región un peculiar sistema de funcionamiento, pues se trata de un sistema discontinuo de "condensaciones inestables, turbulencias, remolinos, racimos de burbujas, algas deshilachadas, galeones hundidos, ruidos de rompientes, peces voladores, graznidos de gaviotas, aguaceros, fosforescencias nocturnas, mareas y resacas, inciertos viajes de la significación; en resumen, un campo de observación muy a tono con los objetivos de *Caos*" (Benítez, 16). Y entiende por *Caos*, así con mayúscula, un orden dentro del desorden que supone generalmente la palabra *caos*: un conjunto de regularidades, dinámicas, en movimiento, que se repiten de modo sistemático. A su vez, la localización espacial de Cuba y el resto de las Antillas traza además un puente entre el Norte y el Sur americanos. Por eso, el Atlántico se convirtió en el eje fundamental a través del cual giró la creación del capitalismo contemporáneo. Gracias al comercio europeo con América, fundamentalmente con la zona del Caribe, punto de conexión de los dos polos geográficos verticales, y también punto de conexión de Occidente con Oriente a través del Canal de Panamá, el mercantilismo primitivo se convirtió desde el XIX en la verdadera Revolución Industrial.

El Caribe y el Atlántico explican asimismo otro aspecto del sincretismo propio de la región, y que está muy presente en el modo de presentar las voces narrativas en la obra de Travieso: la cultura acuática, "una cultura sinuosa donde el tiempo se despliega irregularmente y se resiste a ser capturado por el ciclo del reloj o el del calendario. El Caribe es el reino natural e impredecible de las corrientes marinas, de las ondas, de los pliegues y repliegues, de la fluidez y las sinuosidades. Es, a fin de cuentas, una cultura de meta-archipiélago: un caos que retorna" (Benítez, 26). Algo que no fue ajeno a las antiguas culturas clásicas. Benítez repara en el ostracismo en que cayó uno de los principales presocráticos, Tales de Mileto, una vez que el duelo entre platónicos y aristotélicos hizo olvidar a los verdaderos impulsores de la filosofía y la cultura helénicas. Tales pensaba que el germen de cualquier clase de vida y modo de ser estaba en el agua, y en el Caribe -comenta Benítez- el sincretismo de todas las culturas que se han ido asentando, conforme al principio rector de una cultura geográficamente acuática tiene mucho que ver con la actuación, no sólo en el sentido de representación en una escena, sino sobre todo como "ejecución de un ritual" (Benítez, 26). Gracias a ese principio, las diversas culturas han ido manifestándose de modo natural, hasta el punto de que lo dramático, lo carnavalesco, imitativo, metamórfico o representacional definen con exactitud el conjunto sincretizado, hecho de diferencias conviventes, de la cultura caribeña, en la que "los procesos sincréticos se realizan a través de una economía en cuya modalidad de intercambio el significante de allá -el del Otro- es consumido (leído) conforme a códigos locales" (Benítez, 36). Hay heterogeneidad de voces, como veremos en los narradores de Travieso, pero una cultura común, que tiene en el aluvión y en la ambivalencia dramática un fundamento sólido.

El peso de la narración en *El polvo y el oro* lo lleva una tercera persona que cuenta, simultáneamente a los hechos, todo lo que está ocurriendo, con ligeros saltos temporales, con el adelanto de algunos datos importantes, casi siempre tragedias familiares, y con la frialdad de un narrador que nada tiene que ver con los personajes de los que habla. Su concepto de tiempo es occidental, lineal, clásico, ceñido al tiempo cristiano que va de un antes a un después y corrobora nacimientos y muertes sucesivos. Este narrador da cuenta tanto de las historias personales de los Valle, sus esclavos, la marcha de sus negocios y la de los negocios de sus enemigos, como de la historia externa de los grandes sucesos: las revoluciones en el continente, las revueltas de los esclavos de Haití, los sucesivos gobiernos españoles en la Isla hasta la desestabilización del sistema a partir de 1868, la labor de los revolucionarios como Maceo, Máximo Gómez, Martí, la intromisión de los Estados Unidos en la política antillana desde la guerra de independencia hasta la época de Batista, el triunfo de los revolucionarios de la Sierra Maestra y las primeras contradicciones del nuevo orden político en los 60, etc.

Sin embargo, es una narración inducida, ya que, con la evolución del texto, nos damos cuenta de que todo se está contando desde el presente, es decir, desde mediados de nuestro siglo, donde una segunda persona, que corresponde al desdoblamiento del yo de Javier Valle, miembro de la última generación de la familia, cuenta los hechos acaecidos en los años cincuenta en Cuba, el ambiente intelectual y político del grupo de amigos de Javier y los propios pensamientos del último de la saga Valle, distanciándose del mismo personaje a través de la segunda persona. La perspectiva, entonces, se acerca más al subjetivismo del que ha abandonado la tercera persona y se integra en la acción, pero a la vez mantiene el distanciamiento de la segunda persona. En muchas ocasiones el perspectivismo produce un útil juego de refracciones continuas, al presentar un mismo hecho en las dos narraciones. En otras ocasiones, los datos del narrador general (el de la 3ª persona) parecen sacados de los documentos que Javier Valle ha encontrado, y con los que intenta reconstruir la historia de su familia desde finales del XVIII. En esos casos, la ambigüedad se multiplica, pues no llegamos nunca a saber si el narrador general es una longa manus de Javier o es totalmente independiente. De todas formas, lo que sí parece claro es que estos dos tipos de narraciones concentran el punto de vista del cubano criollo, pues el énfasis está siempre puesto en los protagonistas blancos, bien nacidos en Europa, bien descendientes de europeos ya nacidos en Cuba. Dentro de este grupo de narradores hay que citar a otros, más esporádicos, pero igualmente eficaces a la hora de ampliar las perspectivas criollas de la narración:

1. Los pensamientos de Francisco, el primer emigrado, que sobrevive a la mayoría de sus coetáneos e hijos, el cual, afectado en su madurez por una parálisis física, mantiene, sin que sus familiares se percaten de ello, una lucidez mental envidiable hasta el final de sus días. Es muy interesante este punto de vista, puesto que está relatado en primera persona, y en forma de supuesto diálogo con Modesto, su hijo mayor, víctima de una enfermedad mental y física y, al igual que Francisco, olvidado de todos y relegado al ostracismo. En muchas ocasiones, sus opiniones y juicios acerca de los hechos que ocurren contrastan con los de la narración coetánea del narrador general (3ª persona) y con los de Javier, que habla, en 2ª persona, desde un futuro emitiendo juicios acerca de los documentos que ha encontrado.

2. Los fragmentos de cartas de algunos antepasados de Javier, como Gabriel, Frasco o Caridad, escritas en primera persona y testigos de sucesos reales, pero relatados desde una perspectiva subjetiva. Casi siempre tratan temas cruciales para la evolución de los negocios o las relaciones interpersonales, por lo que los testimonios están llenos de emociones fuertes o sentimientos profundos.

El otro gran grupo de puntos de vista de la narración pertenece al territorio de los esclavos o, al menos, de los personajes de raza negra, que cuentan la misma historia pero desde ópticas

totalmente diversas, demostrando que el movimiento más perceptible que ejecuta el texto caribeño el de "un desplazamiento metonímico hacia las formas escénicas, rituales y mitológicas; esto es, hacia máquinas especializadas en producir bifurcaciones y paradojas" (Benítez, 41). Si bien los tipos anteriores proponían unas formas rítmicas diferentes pero dentro de un universo común, éstas combinan ritmos netamente diferenciados a los anteriores, porque poseen la impronta de las civilizaciones dominadas racial, cultural, económica y políticamente. Afirma Benítez Rojo que los ritmos blancos -es decir, los sistemas de expresión europeos- se articulan binariamente, como los pasos en la marcha o la carrera; es la literatura de la "conquista y la colonización, de la producción en serie, del conocimiento tecnológico, de las computadoras y de las ideologías positivistas; (...) ritmos narcisistas, obsesionados por su propia legitimación" (Benítez, 42). A diferencia de éstos, los ritmos cobrizos, negros y amarillos poseen algo en común, y es su pertenencia a los Pueblos del Mar, y aparecen "como turbulentos y erráticos, (...) todavía en formación; por lo tanto son ritmos sin pasado, o mejor, ritmos cuyo pasado está en el presente y que se legitiman por ellos mismos" (Benítez, 42). Estas diferencias proceden, sin duda, de formas diversas de conocimiento y concepción de la realidad, que a su vez remiten a un grado de desarrollo y a una relación de dominio o dependencia con respecto a las estructuras del poder. Lyotard distingue entre conocimiento científico, propio de culturas "desarrolladas" (en el sentido occidental y contemporáneo de la palabra) y conocimiento narrativo, más característico de civilizaciones escasamente desarrolladas (Lyotard, 18-19), entre las cuales se encuentran las denominadas por Benítez Pueblos del Mar. En el conocimiento narrativo interesa no sólo el contenido del relato y la demostración de un argumento sobre la base de pasos lógicos, sino, sobre todo, el mismo acto de recitarlos: "La práctica narrativa de los Pueblos de Mar es muy distinta a la del relato de legitimación de Occidente, pues en éste el problema de la legitimidad es el referente de un dilatado proceso de indagación, verificación y comentario, mientras que en aquélla el relato provee su propia legitimidad de manera instantánea, al ser emitido en presente por la voz rítmica del narrador, cuya competencia reside sólo en el hecho de haber escuchado el mito o la fábula de boca de alguien." (Benítez, 203)

Los narradores negros en la obra de Travieso confieren a la obra un enfoque muy distinto al de los blancos, aun cuando cuentan la misma historia. El punto de vista es diferente, de entrada, porque hablan desde la dominación, son los que llegan en los barcos de "sacos de carbón", han sido arrebatados de su tierra y trasladados a un ambiente en el que son tratados con seres de segunda categoría, donde no conocen el idioma, las costumbres, y son obligados a trabajar y a someterse a todo tipo de vejámenes físicos, sexuales, etc. Este aspecto viene reforzado por el uso continuado de la primera persona: el yo subjetivo concentra una serie de elementos que subrayarán la peculiaridad del discurso: los vaivenes del tiempo, que deja de ser lineal para convertirse en circular o, al menos, henchido de saltos hacia delante y atrás; el odio acumulado que aflora en fórmulas míticas con ritmos marcados, maldiciones que adquieren la fuerza de la experiencia de los ancestros; las continuas invocaciones a deidades primitivas de origen africano, las metamorfosis y reencarnaciones; la permeabilidad entre estados de vida y muerte, etc. Son maneras de establecer un mecanismo de lucha contra la maquinaria del poder blanco, y abrir una vía para la legitimación de la voz periférica. El contraste entre la fuerza y la subjetividad de las primeras personas, frente a las segundas y terceras del relato criollo articula un clima de tensión continua que impregna la obra hasta sus últimas páginas.

Hay que destacar dos narradores: una de las primeras esclavas que llegan con el fundador de la saga Valle en La Habana, Francisco, y Antonio Valle, el hermano mulato de Javier Valle. La narradora femenina, siempre que interviene, va ayudada para su diferenciación a través de la letra cursiva en el texto, y Antonio es representado por medio de la letra negrita. Aunque la narración de los dos personajes pertenece al tipo que hemos definido como "conocimiento narrativo", para

diferenciarlo del "científico", también entre éstos hay distancia, ya que Antonio es mulato (su padre es un Valle de principio de siglo XX) y se ha criado en un ambiente muy diferente al de la esclava, en la época de la República, donde la condición de los negros es muy distinta a la del siglo anterior, antes de ser abolida la esclavitud. Además, Antonio habla del pasado como algo que es recuperado para exigir una justificación en el presente de su rol actual dentro de la familia Valle y dentro de la sociedad cubana de mitad de siglo, y no sólo como la manifestación necesaria del odio de los antiguos esclavos hacia los antiguos amos acumulado de generación en generación. Su situación es híbrida, ya que es hijo de un Valle y descendiente de antiguos esclavos, pero su lugar está más cercano a la visión del negro esclavo que del amo blanco. En cuanto a la esclava conviene aclarar que se trata de una mujer que habla casi siempre muy cerca del presente que describe en ese momento, sea el primer encuentro con los blancos en el barco que la llevó hasta Cuba hace más de cien años, o bien se trate de su reencarnación en la perra que fue propiedad de Gabriel en la segunda mitad del XIX, o de su última aparición como aire o espíritu en el momento en que Frasco agoniza, a principios del XX, cuando la enmienda Platt está creando ya un clima de hostilidad en muchos cubanos contra los intereses norteamericanos en el Caribe. Su carácter versátil la hace, de una parte, cercana a un supuesto narrador en tercera persona que acompaña la acción allá donde se manifieste y en el momento en que tenga lugar, pero el sesgo personal del yo y su protagonismo dentro del ámbito familiar de los Valle durante más de cien años le confieren una importancia singularísima en toda la evolución de la novela. Desde sus primeras intervenciones resaltan con claridad todas las características que hemos ido viendo relativas a la narración de los Pueblos del Mar, con su ritmo peculiar y su manera concreta de ofrecer un discurso de resistencia, henchido de repeticiones que no sólo tienen una función rítmica, sino también el sentido de desahogo frente a la imposibilidad del grito externo: "Ah, sufrir, pero no soportar al sucio blanco de barba negra, boca de hiena, que en el barco quiso forzarme, sufrir y soportar a los dos marinos que me amarraron y me tomaron, sufrir y maldecirlos, sufrir y soportar viendo a los hombres castigados a latigazos, sufrir al amo Francisco, sufrir." (Travieso, 29)

### La ley del ingenio y del azúcar

La colonización española en el Caribe fue muy distinta a la que se produjo en el continente, debido a las diferentes condiciones económicas, geográficas, demográficas, culturales y sociales. El Caribe es una región más compleja en la que, por lo pronto, el indígena desapareció por completo hacia la mitad del XVI, y la introducción de esclavos africanos se produjo enseguida, de manera gradual, con un auge considerable desde mitad del XVIII hasta cien años más tarde. La relación de las colonias caribeñas con la metrópoli fue mucho más estrecha que la de ésta con el continente, puesto que el potencial azucarero era muy importante para la integración de España en el sistema económico europeo. La agricultura continental, por el contrario, producía menores ganancias con más esfuerzo, ya que los sistemas de explotación de la tierra participaban de unas técnicas europeas desfasadas y otras propias de los indígenas, y además los productos apenas rebasaban los mercados locales. Por eso, el criollo continental perdía poco a poco su contacto y su dependencia de la metrópoli, siendo más propenso a los movimientos de emancipación. El criollo caribeño, como bien demuestra la novela de Travieso, apenas se planteaba la independencia a principios del XIX, puesto que ganaba mucho dinero con la plantación y la trata de esclavos, y además era frecuentemente distinguido con títulos de nobleza (tema que también trata Travieso en su novela) para premiar los servicios económicos que proporcionaba a la Corona. A todo esto, en el continente se añadía el problema con el indígena, que poco a poco se recuperaba en lo relativo al

porcentaje demográfico en relación al español o al criollo, y que desarrollaba, en su propio terreno físico, un rencor explicable contra el dominador europeo. Dueño de su glorioso pasado (recuérdese el esplendor de civilizaciones como la inca, maya o azteca) nunca se adaptó a una forma de dominación que cada vez le resultaba más pesada e inaguantable.

En el Caribe, el sistema de la plantación explica casi todos los procesos económicos, sociales, antropológicos, políticos y culturales que han tenido lugar desde el siglo XVI. Explica el interés de España en esas colonias, el desarrollo económico y los vaivenes demográficos, los movimientos migratorios, el carácter de una literatura muy peculiar. Benítez Rojo afirma: "Pienso que el fenómeno de la llegada y la multiplicación de las plantaciones, por sí solo, es el de mayor importancia histórica que ha ocurrido en el Caribe, hasta el punto de que, si no hubiera sucedido, quizá las islas de la región fueran hoy réplicas en miniatura de las naciones europeas que las colonizaron." (Benítez, 56-57)

Cuando Fernando Ortiz aseguraba que "estudiar la historia de Cuba es en lo fundamental estudiar la historia del azúcar y del tabaco como los sistemas viscerales de su economía" (Ortiz, 13), es decir, la historia de las plantaciones desde el siglo XVI hasta, por lo menos, la zafra de los diez millones de hace unas décadas, no se estaba refiriendo a la cuestión puramente económica, sino a toda una cultura y una forma de vida que nace alrededor de la plantación y de los sujetos que se relacionan como dominante y dominado con respecto a ella. Benítez Rojo opina que en la Cuba de los últimos siglos, "todo aquello que amenaza el orden azucarero, cualquiera que sea la naturaleza político-ideológica del grupo que usufructa el poder del ingenio, siempre es calificado de anti-cubano. (...) Así, azúcar equivale a patria, y producir azúcar es ser cubano. Años atrás, cuando alguien pretendía modificar el *statu quo* del mundo azucarero, era señalado como enemigo y llamado "revolucionario"; ahora se le llama "contrarrevolucionario" aunque se trate del mismo individuo. Los extremos se curvan, se convierten en un círculo y no significan nada. Lo que verdaderamente importa, aquello que tiene significación nacional y patriótica en la religión civil, es el azúcar, lo único que constituye tradición, aquello que hay que preservar y proteger es el mito del ingenio, que se propone a perpetuidad como centro u origen genealógico de la sociedad cubana." (Benítez, 144)

Por eso no es extraño que Travieso ponga en boca de Frasco Valle, poco antes de comenzar la guerra del 95 impulsada por Martí, las siguientes palabras: "el azúcar existirá siempre aquí. Con los españoles, con los cubanos, con los norteamericanos, con cualquiera, con guerra o sin guerra, siempre viviremos del azúcar y quien domine el azúcar dominará la Isla, por eso amplíe mis ingenios" (Travieso, 466).

El mundo del ingenio, la plantación, el azúcar, es otro de los ejes que dan sentido estructural a la novela de Travieso y, de modo análogo a la cuestión de las voces narrativas, explica y fundamenta las relaciones de poder, la problemática de las razas, la discusión acerca de la esclavitud y la justificación del sistema colonial y de la propia historia de Cuba como algo diferente al resto de las colonias españolas en el continente. Estamos ante un relato que introduce a una familia española, en las coordenadas del prestigio del mérito y no de la sangre, que emigra a Cuba para enriquecerse por medio del azúcar y la importación de esclavos, y para perseguir un título nobiliario y una consideración social que le están vedados en la Península, a costa de cualquier precio. En este sentido tienen mucha importancia los elementos correctores que, en forma de personajes de la saga, construye Travieso. Los narradores negros no sirven como factores de corrección, puesto que su punto de vista es diametralmente opuesto al de los Valle, y sus reacciones perfectamente previsibles. Son, por tanto, los criollos los que deben construir la paradoja, y es éste uno de los mejores aciertos del autor. De los nueve hijos de Francisco, nacidos en los primeros años del XIX, hay tres varones que encarnan las diferentes posturas de la sociedad criolla cubana

ante el problema del poder en la época, y se convierten en tipos o personajes simbólicos, por la pureza de sus convicciones: Francisco Joseph, en contra de la influencia de Francia o los Estados Unidos en la política cubana, defensor a ultranza de los intereses españoles en la Isla, que participa en las guerras continentales en el bando español contra Bolívar, y desaparece en Junín para siempre; Fernando, que continúa el negocio familiar, con el propósito de enriquecerse y acumular poder, y considera que los negros sólo sirven para ser esclavos, puesto que pertenecen a una categoría inferior a los hombres civilizados; y Clemente, afrancesado, liberal, masón, que se proclama independentista y lucha por la abolición de la esclavitud. Aparte de las continuas disputas familiares por esta clara disparidad de criterios, interesa destacar el esfuerzo de Travieso por ofrecer una fundamentación teórica del problema ideológico de base, así como la descripción del estado en el que se encontraba la diatriba en la Cuba decimonónica, sin inmiscuirse con un punto de vista contemporáneo ni tomar partido por la opinión de ninguno de ellos. Es muy interesante a este respecto, el diálogo que se establece entre Caridad, esposa de Fernando, y Clemente, cuando éste vuelve de la guerra continental, después de haber luchado en el ejército junto a Bolívar, en la batalla en que probablemente perdiera la vida su hermano Francisco Joseph. Tras unas cuantas disputas con Fernando, se queda a solas con la mujer de su hermano y ella le pregunta sobre sus lecturas. Clemente le explica entonces que la esclavitud debe ser abolida porque los negros son seres humanos, a lo que Caridad responde escandalizada:

"-Pero ¿cómo cortaríamos la caña y recogeríamos el café? (...). -Ése es el asunto -Clemente se paró frente a Caridad-. Si los traemos y los esclavizamos no es porque sean salvajes, sino porque nosotros los necesitamos." (Travieso, 262)

Años más tarde, cuando está punto de abolirse la esclavitud, algo en el ambiente ha cambiado. Se baraja ya la posibilidad de la independencia, algunos criollos ven con buenos ojos el viraje de las clases altas hacia los intereses de los Estados Unidos, que en caso de sublevación popular contra España podrían mantener en el poder a los blancos terratenientes, y el problema del negro se ve de otra manera, aunque dista todavía mucho de los planteamientos igualitarios que propondrá Martí poco más tarde, o los que ya propusieron Clemente y los primeros masones de principio del XIX. Caridad, superado el golpe de la muerte trágica de su marido y del asesinato de Clemente, escribe a su hijo Frasco en estos términos: "Aquí han cesado los rumores de un nuevo levantamiento negro. Por suerte no estabas en Cuba cuando se produjo el último de ellos. Espantoso. Nunca sabremos qué puede ocurrir con los esclavos. Pero para qué hablar de ellos. A ojos vistas su entrada disminuye en el país, de lo cual me alegro mucho. Siempre repetiré que mi decisión de separarnos del comercio de esclavos fue correcta y justificada. Ellos, como bien decía tu tío Clemente, no son bestias sino seres humanos. Salvajes e inferiores en entendimiento, pero humanos al fin y como tales se les debe ver." (Travieso, 337)

En definitiva, parece que casi todos los problemas derivados del ámbito del trabajo en los ingenios azucareros, sean económicos, antropológicos, sociales, políticos o incluso religiosos, tienen su asiento en las puras relaciones de poder. No otro sentido tiene la simbología que se establece en el transcurso de toda la obra en torno a las palabras *polvo* y *oro*. Es curioso que *polvo* suele ser el término que los esclavos o, en general, los negros utilizan para calificar a los blancos. En una de las primeras intervenciones del narrador que desdobra en segunda persona el yo de Javier Valle, hay un comentario sobre unas fotos de familia, y entre ellas hay una en la que se ve a su hermano Antonio, el mulato, en compañía de Marta, en una situación que le recuerda una de sus frases favoritas: "son basura, tan basura como los Valle que no son más que polvo" (Travieso, 31). Más adelante, cuando la primera esclava traída de África decide maldecir a toda la familia Valle, reúne todos los materiales, los prepara, llama a las Fuerzas, y pronuncia: "Que enloquezcan, sufran, les llegue la desgracia, locos, ellos y sus descendientes. Abro los ojos. Las velas se han consumido y llevo la

cazuela a los manglares de la bahía, que con ella se hundan, para siempre, todos los Valle, molidos, convertidos en polvo" (Travieso, 155). Después, en el momento en que ya han comenzado las desgracias familiares, reaparece confirmando su odio en forma de maldición: "te pido ayuda, maldícelo como yo, destrúyelo para siempre, igual que su padre, que sigan enloqueciendo los Valle, convertidos en polvo" (Travieso, 193). Este polvo, de resonancias bíblicas, que responde a la idea de destrucción, de aniquilación, de pérdida de poder, es el mismo al que se refieren Frasco y Gabriel, cuando contemplan las ruinas a las que ha sido reducida su lujosa mansión a causa de un incendio:

"-Dios mío, todo se ha quemado -Gabriel no podía creer lo que veía-, todo se hizo polvo.

Frasco se acercó a las ruinas y con su bota de cuero golpeó un leño renegrido del cual escapó un polvillo oscuro.

-Este polvo lo transformaremos en oro -dijo tenso- construiré una mansión mil veces más lujosa y rica que ésta, de oro, te lo prometo." (Travieso, 380)

En boca de los Valle, la palabra polvo es impensable, como impensable es la posibilidad de ruina económica o la pérdida de influencia política o social. En su continua lucha para seguir aumentando patrimonio, prestigio y rango social, un paso en falso como éste no es más que un acicate para continuar ejerciendo su poder y su influencia con manifestaciones externas claras y patentes. Por eso el polvo debe convertirse en oro, símbolo del poder, como un rey Midas que por el hecho de ser blanco, criollo y perteneciente a una saga distinguida, da por supuesta su superioridad y su capacidad para mantener el status adquirido. Ya el primer Francisco había vaticinado, al nacer uno de sus nueve hijos: "-Tú serás el Valle más famoso y tan poderoso como el oro -dijo orgulloso-, te llamarás Fernando igual que mi abuelo y nuestro señor el rey" (Travieso, 39). Cuando Fernando crece y su padre le enseña cómo se debe regir el negocio, le recuerda "que lo importante es el oro. Quien lo posea tendrá a todos por el cuello", y acto seguido le asegura: "Si sabemos mantener el oro así, en nuestras manos (...), el que más valga no valdrá más de lo que Valle vale" (Travieso, 126). La frase pasará de generación en generación y será utilizada por los Valle que se dedican al negocio azucarero. Sólo Clemente pone en tela de juicio tal jerarquía de valores, pensando en la importancia de tener ideas y principios que hagan al hombre más digno, apreciable no por lo que tiene sino por lo que es, pero Fernando vuelve a la carga: "Yo vivo bien con tal situación, en ella se hacen buenos negocios. Lo importante, querido hermano, no es la política sino el oro -la palabra oro se alargó en la boca de Fernando como una invocación mágica-. Quien lo posea dominará a todos y hará los cambios que quiera." (Travieso, 129)

Sin embargo, debemos llegar al final de la novela, que queda abierto, para saber cuál es el destino final del polvo y el oro de los Valle. Las sucesivas maldiciones de la esclava se han ido cumpliendo hasta la generación anterior a Javier, momento en el que aquélla retira su conjuro y se convierte en un espíritu libre de atadura material. A partir de entonces llegan los sucesos de los últimos momentos de Batista, el triunfo de Fidel Castro, las reformas de principios de los sesenta. Javier, que nunca se interesó demasiado ni por los negocios ni por el compromiso político, se ve involucrado por casualidad, primero en las revueltas de los partidarios de Fidel contra Batista y, más tarde, cuando se han expropiado los bienes de todos los cubanos y se ha generado un malestar profundo entre la población, en un golpe de estado que no prosperó, pero que le llevó a la cárcel y a la condena a muerte. Poco antes de ser ejecutado reflexiona sobre la historia de su familia y la suya personal y exclama: "Qué absurdo, tantas luchas de la familia por la riqueza y todo el oro se le ha convertido en polvo" (Travieso, 558). Son otros tiempos, el marxismo ha acabado con la idea y la posibilidad real del poder individual, y no se sabe si la afirmación última de Javier Valle tiene que ver con la situación personal o con el momento que vive Cuba desde la imposición del igualitarismo colectivista. Y esa incertidumbre se convierte en el punto final del relato cuando, de

un modo poético y no sin cierta ironía, Travieso nos cuenta lo que hacían los familiares de Javier en el momento en que éste es fusilado: dos primas almorzaban en un restaurante madrileño, un sobrino escuchaba en La Sorbona una conferencia sobre el existencialismo, otro hablaba en Moscú con el viceministro de Relaciones Exteriores de la URSS, su hermano Marcelo se bañaba en una playa de Miami y Antonio, el hermano mulato, "se pinchaba el brazo izquierdo con una aguja hipodérmica y lentamente comenzaba a levitar hasta encontrar a su hermano Javier, jugando con él en la vieja casona familiar de La Habana Vieja, donde en un *dorado* rayo de sol flotaba el *polvo* acumulado durante seis generaciones" (Travieso, 559)<sup>1</sup>.

## BIBLIOGRAFIA

BENITEZ ROJO, Antonio. *La isla que se repite*, Barcelona: Casiopea, 1998.

LYOTARD, Jean François. *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*, París: Minuit, 1979.

ORTIZ, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

TRAVIESO SERRANO, Julio. *El polvo y el oro*, La Habana: Letras Cubanas, 1996.

---

<sup>1</sup> El énfasis es mío.